

Refundar la universidad y la educación para reconstruir la democracia y el desarrollo

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), vol. XXXI, núm. 2, pp. 97-112

Xabier Gorostiaga, S. J.*

El legado del siglo XX viene marcado por cuatro fenómenos que caracterizan el cambio de época:

- La explosión demográfica que ha sextuplicado la población mundial en el último siglo.
- La expansión de la educación, de la información y de la urbanización que transformaron el legado del siglo XIX —que concluía con un 80% de la población mundial analfabeta, incomunicada y rural.
- La revolución tecnológica y espacial, que ha hecho al planeta más pequeño y unido, y a los hombres, por primera vez en la historia, ciudadanos de una aldea global pero desigual y polarizada, cuya ingobernabilidad social y ambiental va en aumento.
- La concentración de la riqueza, del conocimiento y del poder real de decisión en una élite corporativa, transnacionalizada en un mercado global, al mismo tiempo que se expanden los procesos democráticos y de información.

Partimos también del presupuesto de que vivimos un cambio de época más que una época de cambios, lo que implica la ruptura y la emergencia de una nueva era histórica, en forma similar al cambio de época que aconteció con el Renacimiento y con la Revolución Francesa. Coincidiendo con Carlos

* Secretario ejecutivo de la Asociación de Universidades Confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL).

Fuentes, consideramos que en el proceso de mundialización ha sido descubierto un nuevo territorio histórico. Este nuevo mundo de la aldea global implica un nuevo descubrimiento, con consecuencias tan importantes como los descubrimientos de hace 500 años. ¿Quiénes son los Cristóbal Colón, Vasco de Gama, Magallanes y Elcano actuales? ¿Qué intereses, instituciones, países y proyectos civilizatorios representan? ¿Qué papel juegan —y podrían jugar— la Universidad y el sistema educativo?

Pretendemos *contrastar este cambio de época con una época de cambios* que refleja más bien un flujo normal de eventos, que no implican una ruptura histórica de tanto alcance. El cambio y su velocidad constituyen elementos fundamentales para la prospectiva de futuro. Utilizamos como contraste metodológico el análisis del Banco Mundial, que refleja los cambios aunque dentro de una estructura estática, donde se establecen los balances de poderes y equilibrios provocados por el juego de fuerzas entre el Estado, los mercados y la sociedad civil. El eje articulador de este análisis y el vértice de ese triángulo es el Estado, que controla y mantiene una hegemonía sobre la sociedad. Incluso, aunque haya aumentado el número de Estados (de 50 a 185, entre 1950 y 1977) y aunque su participación en el PIB haya crecido en un número de países cada vez mayor, el Estado no es ya más, en la mayoría de los países, el ente determinante del futuro de la sociedad.

En contraste con el Banco Mundial, presentamos un esquema metodológico más dinámico, que permite visualizar las fases y las oportunidades en este cambio de época. Buscamos un análisis prospectivo y participativo donde puedan interactuar el experto en ciencias sociales, el actor social y el político, tanto desde la perspectiva teórica como desde la práctica, incorporando la perspectiva local, nacional y global, para integrar una prospectiva *gloncal* (global-nacional-local).

Privilegiamos la perspectiva desde abajo y desde adentro sobre la globalización (desde los actores en su relación de trabajo, dentro de sus culturas, relaciones de género y con el medio ambiente, en especial desde la perspectiva de la nueva generación, desde ese 94% de los nuevos ciudadanos que nacen en el Sur), para balancear y contrastar la prospectiva dominante (desde arriba, desde las cúpulas del poder económico, político y del conocimiento elitista).

La prospectiva participativa pretende descubrir los hechos, los sujetos, las tendencias y las teorías o formas de pensamiento que sean portadoras de fuerza y actitudes movilizadoras y creadoras de futuro; pretende también dirigir lo que se ha vivido en procesos históricos —como la crisis centroamericana— a un proceso de discernimiento autocrítico que procure superar los fracasos y derrotas, los errores y las debilidades, los mitos y también las traiciones. Todo ello con honestidad y una buena dosis de humildad, sin renunciar ni ser

vergonzantes respecto de principios, valores y del objetivo de construir una sociedad más justa, más democrática y, por tanto, más gobernable y sostenible.

Esta *dinámica prospectiva de futuro* se presenta reflejada en una metodología de tres fases del cambio de época a partir de la Segunda Guerra Mundial. Se pretende provocar, evocar, convocar y organizar la esperanza, en un esfuerzo de análisis participativo que contribuya a hacer viable el necesario cambio de rumbo, factible y sostenible, al menor costo social posible.

La Era Geopolítica: 1950-1980

La primera fase, desde 1950 a los años ochenta, pretende reflejar el periodo más crítico de la Guerra Fría. La bipolaridad de los sistemas económicos y políticos, la confrontación de ideologías y paradigmas alternativos, convirtieron a la seguridad en el vértice articulador de las relaciones internacionales y nacionales entre el Estado, el mercado y lo social.

La polarización política de la Guerra Fría dominó a los Estados, partidos políticos, sindicatos, universidades y a la propia cultura. El liderazgo político e ideológico, tanto en el Estado como en los partidos políticos, se convirtió en el sujeto determinante de las decisiones en el área social y económica. El anticomunismo y la Doctrina de la Seguridad Nacional, por una parte, y las políticas de cambio de sistema por vías revolucionarias, por la otra, polarizaron a la mayor parte de las sociedades, e incluyeron a los propios países que buscaron un espacio neutral entre los bloques dominantes en el movimiento de los No-Alineados (NOAL). A pesar del fuerte crecimiento económico del periodo posbélico —el mayor registrado en toda la historia económica— tanto en el bloque capitalista como en el socialista, prevaleció el eje de los intereses de seguridad, incluso también en los países del Tercer Mundo. En América Latina, la Alianza para el Progreso y los procesos iniciales de integración fueron dominados por una visión ideológica de contención, en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional. La misma dinámica de seguridad y confrontación dominó las políticas del bloque socialista. Esto convirtió al Caribe y a Centroamérica, sobre todo después de la Revolución Cubana, en “un polígono de tiro de las grandes potencias”, como dijo Juan Pablo II, en la segunda visita a Managua. El carácter del Mercado Común Centroamericano, la Iniciativa para la Cuenca del Caribe, las políticas de la OEA, la propia creación del Grupo Contadora como intento latinoamericano de encontrar un espacio propio de negociación en la crisis centroamericana, tuvieron como eje articulador el tema de la seguridad.

El papel dominante del Estado y de sus políticas intervencionistas en el área económica y social fueron, más bien, instrumentos de seguridad dentro de esa

concepción geopolítica. Estas políticas contaron en América Latina con el apoyo de Estados Unidos y de los organismos financieros internacionales.

La Era Geoeconómica: 1980-2000

La segunda fase de este cambio de época se consolida con la crisis política, económica y teórica del bloque socialista. El mercado mundial unificado se articuló bajo un proyecto neoliberal conservador, con clara hegemonía estadounidense, y con un pensamiento único e ideologizado que llegó, incluso, a presentarse como el fin de la historia y el triunfo definitivo de un sistema capitalista ortodoxo anglosajón.

El Consenso de Washington (alrededor de 1982) reforzó el proyecto neoliberal en el marco de una tercera revolución informática-productiva que provocó una globalización bajo una hegemonía totalizante, tanto en lo económico como en lo político, ideológico y simbólico.

La economía se convirtió en el eje dominante de las relaciones entre el Estado, el mercado y la sociedad civil. Los bancos y las empresas transnacionales, especialmente con sus gigantescas fusiones, crearon un liderazgo empresarial de las grandes corporaciones y conglomerados económicos, que consolidaron en forma creciente su hegemonía sobre los partidos y el propio Estado, cooptando en buena parte a sectores importantes de la sociedad civil.

Los grandes conglomerados económicos, el Grupo de los Siete y los organismos financieros internacionales conformaron una hegemonía geoeconómica superior a la de los imperios más grandes de la historia, articulando un proyecto de mercado global que incorporó al resto de los países socialistas en esta dinámica, que incluye en forma creciente también a China.

Las políticas dominantes de competitividad a ultranza y liberalización de mercados afectaron dramáticamente a los países y sectores menos capacitados para esta guerra económica. Incluso condujeron a la creación de megamercados regionales, como la Unión Europea, APEC, NAFTA, por la necesidad de las corporaciones de expandir sus mercados y mejorar su competitividad; también se crearon submercados regionales como el Mercosur, el Grupo Andino y los Grupos subregionales de Centroamérica y el Caribe, para poder defenderse y aumentar su capacidad de negociación. Las políticas de ajuste estructural, los condicionamientos de los organismos financieros, el manejo de la deuda externa acumulada en las tres últimas décadas por los países del Tercer Mundo, superaron las antiguas áreas de influencia, incluso de las grandes potencias, para convertirse en el nuevo marco estructurador de las relaciones de poder geoeconómico, principalmente en manos de corporaciones privadas que limitan los espacios de decisión nacional.

La Revolución Infotécnica y el control de los medios por los mismos agentes geoeconómicos privados penetraron en todas las esferas de la vida social y personal, incluyendo los sistemas educativos, la mercantilización competitiva de la cultura y en las propias Iglesias en su conjunto, a pesar de notables pronunciamientos críticos de sus principales dirigentes, como los del propio papa Juan Pablo II, frente al carácter civilizatorio excluyente (capitalismo salvaje lo calificó) de la globalización.

Como subproductos de este mercado global de concentración y centralización de la riqueza, el conocimiento y la tecnología, del poder político y militar, el mundo se dividió, dualizó y polarizó estructuralmente. En lo social, el aumento del desempleo, las migraciones económicas más que políticas, las remesas familiares, conforman nuevas comunidades transnacionales de inmigrantes que vinculan su país de origen con su país de adopción en varios continentes (comunidades latinas, asiáticas, de Europa del Este, africanas, etc.) y crean fenómenos económico-sociales desconocidos en el pasado. Entre ellos, el peso de las remesas familiares superiores —en varios países de Centroamérica— al monto de sus exportaciones y sin las cuales no podría mantenerse a flote un modelo inviable. El total de remesas en América Latina en el año 2000 superó los \$ 21 000 millones de dólares. Fenómenos similares se están dando en Filipinas, en regiones de la India, de la propia China y de África.

En las tres últimas décadas, el flujo migratorio se ha revertido de la periferia hacia el centro, de los países pobres del Sur hacia los países ricos del Norte, donde se han instalado 35 millones de personas —seis millones de ellos en forma ilegal—. El flujo continúa con 1.5 millones adicionales por año, a pesar de las nuevas leyes antimigratorias. Si las oportunidades no avanzan hacia las personas, entonces las personas inevitablemente comenzarán a avanzar hacia las oportunidades internacionales. Es decir: “si no se cambian las condiciones del país de modo que permitan la sobrevivencia humana, se cambia de país”.¹

La seguridad en la Era Geoeconómica, al fin de la Guerra Fría, no está dominada por un dividendo de la paz, como se esperaba, sino por una era de violencia opaca, de inseguridad ciudadana y conflictos regionales. La inseguridad ciudadana es un fenómeno generalizado en el mundo, junto con la crisis de gobernabilidad aumentada por el peso económico y político del narcotrá-

¹ PNUD en Ángel Gonzáles Martínez-Tablas. *La economía política de la globalización*, Barcelona, Ediciones Ariel, 2000. Este libro reciente es fundamental para ubicarse en la complejidad y contradicciones como también en las oportunidades de la globalización.

fico y por el aumento de los conflictos regionales. La debilidad del liderazgo político internacional, sometido a las fuerzas económicas dominantes, carente de capacidad y legitimidad para enfrentar estos problemas globales, ha aumentado la crisis de gobernabilidad y seguridad.

La mundialización homogeneizante produjo y fomentó reacciones y procesos de resistencia cultural y nacional, en algunos casos con carácter fundamentalista. La lucha por espacios propios de identidad y cultura frente a una avalancha homogeneizadora, ha fortalecido las resistencias culturales y religiosas, los nacionalismos —tanto en el Norte como en el Sur— y la emergencia de nuevas formas de lo que podríamos llamar neopopulismo —como el fenómeno del chavismo venezolano—. Pareciera que en América Latina se abre un nuevo estilo que busca recuperar un margen de acción política estatal. Sin embargo, estos intentos por lograr un espacio político, tanto por izquierda como por derecha, conforman liderazgos autoritarios, o buscan reelecciones para prolongar los mandatos por medio de cambios constitucionales o de fraudes electorales —como en Perú— que permiten más discrecionalidad y menos controles democráticos. Estos intentos de lograr espacios propios no cuentan, en la mayoría de los casos, con un proyecto viable de sociedad, con la base económica de los tradicionales populismos propios del pasado latinoamericano, ni con un margen para tomar decisiones en política económica, debido a la camisa de fuerza impuesta por las condiciones financieras del mercado global. ¿Es la democracia la que está débil o es el modelo económico polarizante y excluyente el que debilita los procesos democráticos?

Este esquema de la fase Geoeconómica pretende destacar los cambios de los sujetos actores, del pensamiento estratégico, al tiempo que ubica a las nuevas fuerzas emergentes frente a una globalización hegemónizada por una élite económica corporativa.

La fusión entre las élites intelectuales, las élites familiares y financieras, y las grandes corporaciones está provocando una sociedad de castas a nivel global. Esta poliarquía hegemónica promueve su ideología con un estilo reduccionista de democracias de mercado, que pretenden legitimar y encubrir una estructura elitista del poder económico con una democracia de baja intensidad (alternancias sin alternativas).

En estas condiciones, no se prevé en el corto plazo una confrontación y protesta de la fase Geopolítica al estilo revolucionario, sino que nuevas formas de resistencia de tipo cultural (Chiapas) que se pueden convertir en nacionales (el síndrome de Ecuador, propagable potencialmente a Guatemala, Bolivia, etc.) o el caos colombiano, reflejan formas crecientes de desintegración social, atomización y luchas por la supervivencia, dominadas por la desesperación y la falta de una visión de futuro.

En el caso colombiano, el reciente Plan Colombia aprobado por el Senado estadounidense, con un mayoritario componente militar, puede incluso provocar una escalada de la guerra y tensar militarmente a la región andina y a Panamá. La experiencia centroamericana ha mostrado con creces que sin el fortalecimiento y protagonismo de la sociedad civil no se puede evitar el conflicto armado y menos aún alcanzar la consolidación de un proceso de paz, especialmente difícil en la dramática y prolongada crisis colombiana.

La Era Geocultural: 2000-2020

El inicio de las cumbres mundiales organizadas por las Naciones Unidas (Río, El Cairo, Ginebra, Copenhague y Pekín) en la década de los noventa permitió, por primera vez en la historia de la humanidad, que los gobiernos tuvieran que enfrentar en forma conjunta los temas más acuciantes de la mundialización. Por otro lado permitió también, por primera vez, que representantes de la sociedad civil de todo el mundo pudieran encontrarse personalmente e intercambiar sus experiencias y propuestas conformando redes globales sobre temas específicos (medio ambiente, población, derechos humanos, género y la problemática social del aumento de la pobreza, de la deuda y el desempleo). Estos consensos emergentes y sus actores sociales se han venido articulando en redes virtuales que interactúan y se aglutinan en momentos cruciales, como en la Cumbre Social de Copenhague, con propuestas concretas o con propuestas y protestas como en Seattle y Washington ante la inoperancia de la poliarquía mundial para avanzar hacia soluciones para los problemas que se van acumulando peligrosamente. El Foro Social Mundial celebrado en Porto Alegre, Brasil, pretende convertirse en la plataforma de articulación de los “globalizados” en la Sociedad Civil Mundial, como el Foro de Davos, Suiza, lo ha sido para el capital financiero y la élite mundial de los “globalizadores”.²

Un consenso emergente local, nacional y global se ha ido aglutinando en estas cumbres mundiales, fortaleciendo las redes de la sociedad civil y permitiendo a los organismos de las Naciones Unidas, en especial al PNUD, iniciar un proceso de integración de nuevos Indicadores de Desarrollo Humano (IDH) que complementan los indicadores económicos tradicionales, al tiempo que consolidan progresivamente un nuevo paradigma de Desarrollo Humano Sostenible (DHS).

² Véanse: <http://www.um.dk/udenrigspolitik/copenhagenseminars>
<http://www.forumsocialmundial.org.br/espanhol>

Fuertes presiones políticas de la poliarquía mundial han impedido avanzar en la consolidación de estos sectores y en la implantación de este paradigma. A lo sumo, se les ha utilizado como una nueva retórica del desarrollo, sin resultados tangibles.

La influencia cada vez más dominante de los intereses corporativos sobre los organismos especializados de la ONU —como UNESCO, PNUD, UNICEF— está creando una situación peligrosa al no permitir espacios de análisis y discusión más objetivos y pluralistas respecto del pensamiento único. Esta falta de transparencia y participación en los organismos internacionales podría llevar a confrontaciones del mismo estilo geopolítico que en el pasado, más serias que las de Seattle y Washington, o las más recientes de Gottemburgo y la suspensión de la reunión del Banco Mundial en Barcelona.

Estas redes de la sociedad civil se han ido consolidando en medio de contradicciones, logrando una mayor representatividad, legitimidad social y oficial, fortaleciendo el consenso emergente de los actores sociales y la incorporación de sectores anteriormente excluidos en el proceso de globalización: el trabajo, el medio ambiente, el género y las nuevas generaciones. Estos cinco elementos estratégicos comienzan a emerger en nuevos actores sociales, como ejes articuladores del DHS, pasando de la protesta sin propuesta propia de la fase geopolítica y geoeconómica, a un movimiento de propuestas, con protestas a veces, pero que procuran una concertación, un pacto, un contrato social con otros actores para lograr un proceso de mejoría creciente de la viabilidad, la gobernabilidad y la sostenibilidad de la sociedad del futuro, con dignidad y derechos para todos los seres humanos.

A diferencia de la tercera vía europea, este consenso emergente de carácter *gloncal* (global-nacional-local) exige más participación de los excluidos del sistema, más transparencia, y una auditoría social (*accountability*) permanente. Son muy significativas las declaraciones de Joseph Stiglitz, sobre la necesidad de transparencia y participación de los actores sociales a fin de evitar errores, y también la propia eficiencia del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Esta fase del cambio de época no es un juego de adivinanzas en la bola de cristal, ni un sueño y menos aún una profecía, sino que pretende ser una apuesta prospectiva de futuro. Inicios de este proceso emergente se van consolidando, en medio de contradicciones y regresos ideológicos al pasado, con la creación de nuevos consensos y la vinculación más organizada de los nuevos actores de la sociedad civil mundial.

Se percibe en los diversos continentes un nuevo estilo de propuestas, incluso con protestas y confrontación, que sin embargo buscan un New Deal, una especie de Contrato Social Global. Este fenómeno implica una posición ética

y la búsqueda de una alianza de valores comunes, de intereses comunes frente a amenazas comunes. A este fenómeno lo consideramos como parte de la ruptura epistemológica con las formas de pensamiento y *praxis* política de la Era Geoeconómica y Geopolítica. Lo hemos calificado como *geocultural* porque implica un pensamiento más enraizado en lo local y en las identidades propias, pero común con las grandes mayorías del mundo a pesar de las diferencias culturales, religiosas y civilizatorias. Un pensamiento más interdisciplinario y de más largo alcance, que implica una *praxis* más integrada entre los actores de los cinco elementos estratégicos mencionados, los que parecieran ser elementos fundamentales del nuevo paradigma: el trabajo, la cultura, el medio ambiente, las relaciones de género y la nueva generación. Este paradigma incorpora y enfatiza los aspectos culturales sobre los ideológicos y económicos, buscando una visión más integrada del desarrollo.

Recientemente, además, comenzaron a articularse relaciones con líderes empresariales cada vez más conscientes de su responsabilidad ante la crisis ética y de civilización. Algunos, quizás, han sido motivados por la necesidad de una ética compartida para que el sistema funcione; otros, más bien por temor al *backlash*; otros, por una percepción más elaborada de sus intereses en el largo plazo. Cualesquiera sean las motivaciones, de todas formas pretenden también superar el peligroso antagonismo y contradicción creciente de la globalización poliárquica de la democracia y la política, y el incremento de la educación y la formación ciudadana. La seguridad, la estabilidad, la gobernabilidad y el funcionamiento eficiente de las instituciones son considerados, en forma creciente, como fundamentales para el funcionamiento del mercado y la eficiencia económica.

Nos preguntamos si será posible consolidar la democracia como sistema político mundial si no se democratizan las relaciones económicas y los frutos del crecimiento económico. Más aún, si no se democratiza el conocimiento y se supera la brecha entre el elitismo educativo de una minoría privilegiada y la baja calidad de la educación para las grandes mayorías, junto con el creciente *apartheid* tecnológico. La concentración y el control del conocimiento de punta indican que el control público y democrático se está perdiendo en áreas tan estratégicas para el futuro de la humanidad como son la biotecnología y el genoma humano.

La Universidad frente a la Era Geocultural

En el mundo se está abriendo un nuevo espacio y una oportunidad geocultural que permite un análisis y un proceso de desarrollo más integrador y comprensivo. Al comienzo del siglo, el gran reto democrático y civilizatorio consiste

en cómo superar las rigideces ideológicas y hegemónicas; la concentración y centralización del poder económico, tecnológico, político, militar y mediáticos (los medios de comunicación social), junto con los intentos de cooptación de la nueva retórica sobre pobreza y desarrollo y las limitaciones de una nueva "tercera vía" que busca incorporar a los sectores de clase media empobrecida, sin atreverse a enfrentar el gran reto de garantizar una vida digna para las mayorías de excluidos y superfluos del sistema.

El propio concepto de progreso y desarrollo está en juego. El sentido de un progreso basado en un crecimiento material ilimitado resulta cuestionable por sus límites ecológicos y sociales, y por la imposible generalización de este progreso moderno a todos los seres humanos. Esa visión ha sido compartida tanto por el mundo capitalista como por el socialista, con la única variante de los instrumentos elegidos para alcanzarlo: la empresa privada en un marco de democracia de mercado, para el primero; el Estado y una economía centralizada bajo el comando político del partido, en el segundo.

Esta visión reduccionista del progreso en ambos sistemas, sin cuestionar sus fundamentos y consecuencias, ha llevado en nuestros días a una exacerbación del progreso material indefinido sobre la base de un fundamentalismo de mercado. Este tema es central para la Universidad. El progreso así definido debe ser replanteado tanto en el Norte como en el Sur. Eduardo Galeano sintetizó magistralmente este reduccionismo del progreso moderno: "El Oeste ha sacrificado la justicia en nombre de la libertad, en el altar de la divina productividad. El Este ha sacrificado la libertad en nombre de la justicia en el mismo altar. El Sur se pregunta si tal Dios merece el sacrificio de nuestras vidas".

La Universidad, sin embargo, con raras excepciones, ha sido un elemento marginal en el debate y en la definición de las políticas de desarrollo en el Sur. Hoy lo es todavía más, al haber desaparecido las políticas nacionales específicas de desarrollo, englobadas en políticas de ajuste estructural, concentradas en los balances macroeconómicos. La Universidad se enfrenta a un gran vacío de políticas por parte del Estado; y los partidos, a una geoeconomía que marca sus pautas según el mercado y sus agentes económicos locales y globales. El Estado y los partidos políticos viven sumergidos en el corto plazo, y frecuentemente invadidos por la obsesión del poder. Una perspectiva de economicismo miope amenaza al propio mercado, dominado por la volatilidad de las finanzas. Los nuevos desafíos de la globalización demandan, más que nunca, la función crítica y a la vez propositiva de la Universidad. La creación del nuevo marco conceptual geocultural implicaría para la Universidad apropiarse de lo que Einstein exigía para enfrentar los problemas en un cambio de época: "El mundo que hasta este momento hemos creado, como resultado de

nuestra forma de pensar, tiene problemas que no pueden ser resueltos pensando del modo en que pensábamos cuando los creamos”.

Sin embargo, esta nueva perspectiva y este pensamiento más integrado, aunque está aumentando dentro del consenso emergente, se encuentra todavía en sus fases iniciales; es débil, desarticulado y podría desvanecerse ante la impotencia política para transformar el modelo concentrador —centralizador y excluyente—. El empoderamiento de las capacidades humanas, valóricas, organizativas y técnicas de estos actores sociales ofrece un enorme y estratégico campo de acción para los proyectos de calidad, equidad y pertinencia de los sistemas educativos. Superar los límites de las capacidades personales, institucionales y programáticas de los actores sociales es la función más estratégica de las universidades y del *continuo educativo*. Este proceso permitiría integrar los diversos subsistemas educativos —desde la educación básica, secundaria y técnica— con el universitario, en un proyecto educativo común de formación y capacitación permanente. Para los marginados y excluidos, se requiere que la Universidad y sus profesionales se involucren en la generación de un salto cualitativo en la educación básica y técnica, no sólo por razones de equidad sino también por sus propios intereses, a fin de poder contar con un potencial humano para el DHS: la formación pertinente de docentes, la creación de nuevos textos, los programas de calidad para la educación a distancia, la investigación en proyectos comunales experimentales en cuanto a nuevas tecnologías y formas de organización productiva, etc., enriquecen la calidad, pertinencia y equidad de la propia Universidad. La participación del Estado, la empresa, los municipios, las ONG y los medios de comunicación social, en conjunto con la Universidad en este continuo educativo societal, puede ser el inicio de un Contrato Social Educativo que incorpore a los diversos actores educativos, formales e informales, en la creación de una sociedad educadora que permita superar el déficit educativo de América Latina.

Al mismo tiempo, la incorporación de las cinco temáticas estratégicas antes mencionadas y de los sujetos sociales que las representan, podría resultar un factor determinante para la propia transformación de los sistemas educativos, especialmente de la Universidad. *Este eslabón perdido entre la educación y el Desarrollo Humano Sostenible puede ser la principal fuerza propulsora del cambio educativo y de la refundación de la Universidad, de la reconstrucción de la democracia y de los espacios públicos.*

Sin embargo, la endogamia de las instituciones educativas —particularmente de la Universidad, al convertirse en un *campus* cerrado en sí mismo, reforzado por intereses gremiales preocupados por su sobrevivencia económica— constituye otro gran obstáculo. La atomización y la fragmentación de

los sistemas educativos no permiten ni la reforma educativa ni la construcción de un continuo educativo que integre a los diversos subsistemas en un gran proyecto educativo para el siglo XXI. Por otra parte, la competitividad mercantilista que somete las instancias educativas a las fuerzas más cortoplacistas del mercado, refuerza esta endogamia.

Por otro lado un "isomorfismo académico" pretende superar el déficit educativo latinoamericano imitando o copiando a las mejores universidades norteamericanas, algunas de las cuales se administran con fondos superiores al presupuesto de la mayoría de los países latinoamericanos. Este isomorfismo resulta imposible por razones económicas, y peligroso por razones de desarrollo geocultural, ya que puede reproducir el elitismo poliárquico y la búsqueda de un estilo de progreso que comienza a ser cuestionado en esas mismas universidades. La identidad y el carácter de la Universidad latinoamericana, al comienzo del milenio, está en juego y requiere, por esas mismas razones, plantearse su propia refundación.

Lamentablemente, los actores sociales tampoco han tomado suficiente conciencia de otorgarle prioridad estratégica al tema de la educación. No visualizan la plataforma educativa como la oportunidad para superar los techos y límites personales, institucionales y programáticos que permitirán enfrentar con creatividad el cambio de época y la sociedad del conocimiento.

Las corporaciones y empresas, por su parte, han tomado la delantera — junto con los organismos financieros internacionales— priorizando y tratando de controlar los sistemas educativos existentes, o creando otros nuevos, al servicio de los intereses y de la competitividad reduccionista del mercado. Será difícil —aunque muy necesario— superar un potencial dilema confrontativo, donde la educación se convierta en un campo de batalla, en vez de facilitar un contrato social con prospectiva de futuro.

Un proceso semejante se observa con las ONG y las agencias de cooperación. No es reducido el número de las ONG que se han convertido en un refugio para las clases medias empobrecidas y los profesionales frustrados, que intermedian y a veces sustituyen en vez de transferir poder a los movimientos sociales. Por otro lado, la escasez de recursos financieros provocada por la disminución sustantiva de la ayuda oficial a la cooperación y por la sensación de fracaso de cuatro décadas de desarrollo, han transformado a una buena porción de las Agencias de Cooperación en parte del problema más que en parte de la solución al subdesarrollo. El eslabón perdido de las agencias que buscan una cooperación genuina podría ser la vinculación con estos actores sociales y el consenso emergente de recuperar la educación para el desarrollo. Este proceso podría ayudar a encauzar el derroche de recursos económicos en forma de compensación social que se otorga a los Estados de

los países más pobres para mitigar el desastre que sus propios gobiernos y las políticas de ajuste estructural están provocando en el Tercer Mundo.

En la geoeconomía de los ochenta al 2000 la Universidad ha sido un objetivo codiciado porque, transformada en conciencia racional del sistema, vendría a constituir la mayor fuerza para su legitimidad y ampliación. Por otro lado, *la refundación de la Universidad como conciencia crítica y propositiva puede convertirse en una fuerza transformadora de los déficit sociales, reivindicadora de la cultura y sus valores, para rescatar a las universidades del sometimiento a que han quedado reducidas por la reconversión académica atada a esta visión material del progreso y a las leyes del mercado. La refundación de la Universidad trata de recuperar la iniciativa y el dominio humano sobre el progreso, restituyendo al hombre y a la mujer en su lugar de señorío sobre la historia.*

Posiblemente, la contribución más importante de las universidades de AUSJAL, que hemos optado por esta integralidad de educación como un compromiso educativo de servicio público, puede ser la comunicación de la experiencia educativa acumulada en América Latina desde las Reducciones del Paraguay y las nuevas experiencias de articulación con la educación básica en un continuo educativo (AUSJAL-Fe y Alegría, por ejemplo).

Estas experiencias de búsqueda de la Universidad que se requiere hoy en América Latina presentan algunos ejemplos exitosos en varios países. Se pretende conformar nuevos modos de pensamiento humano-científico e interdisciplinario, que permitan también incorporar a la educación el *ethos* y el *pathos* universitarios, *el talento y el talante de las razones del corazón que dan sentido al vivir y al morir de los humanos*. La experiencia de las universidades de AUSJAL intenta formar alianzas complementarias con universidades públicas y privadas que quieran enfrentarse conjuntamente a la búsqueda y construcción de esta gran tarea.

Un pensamiento más integrado es fundamental para conseguir que la sociedad y lo social recuperen el vértice de las relaciones triangulares, haciendo de la economía y la seguridad subproductos del bien común que cumplan funciones subsidiarias y no dominantes.

Las sinergias entre Estado-mercado-sociedad civil sobre la base de un Contrato Social Global que recupere el *ethos* y el *pathos*, son claramente una apuesta por una utopía. La utopía puede ser más realista si se aglutinan las nuevas fuerzas sociales en torno a una alianza de valores, de intereses comunes frente a las amenazas comunes. Éste puede ser también el eje de articulación de un nuevo proyecto de cooperación internacional en apoyo a la vinculación de las “redes *gloncales*” con los sistemas educativos que se pongan al servicio de este proyecto geocultural.

Esto implica que lo económico comience a adquirir su carácter instrumental al servicio del bien común, donde la recuperación de lo público-social debe ser una de las tareas estratégicas de la sociedad civil, junto con el Estado y la gestión privada de los empresarios con responsabilidad social. Este pensamiento prospectivo evidentemente refleja un sueño social, una utopía movilizadora que permita transformar los círculos viciosos en círculos virtuosos.

Presentamos el caso de la reforma universitaria como un ejemplo, por cierto difícil y frustrante a veces, de transformar el círculo vicioso en que se encuentra la Universidad reproduciendo y ampliando el sistema actual, para hacer de ella el eje de un círculo virtuoso, en el que las propias contradicciones puedan superarse en una nueva síntesis. Resumimos ese argumento en los siguientes aspectos:

- La Universidad reproduce y amplifica la desigualdad social y las distorsiones del crecimiento económico, al mismo tiempo que las distorsiones sociales y la desigual distribución del ingreso incrementan la baja calidad educativa, la iniquidad y la dualidad social de la Universidad.
- Los Índices de Desarrollo Humano (IDH) demuestran la correlación entre DHS y crecimiento económico sustentable; por otra parte, la desigualdad de los ingresos y los bajos IDH llevan a la ineficiencia y a la pérdida del crecimiento económico. Hoy existe más conciencia en la teoría económica, incluso en el propio Banco Mundial y en el BID, acerca de que los factores sociales son parte integrante de la eficiencia y del crecimiento económico sostenible. La integración de lo económico y lo social es el elemento crucial para el Desarrollo Humano Sostenible. Proponemos que la Universidad, en esta Era Geocultural, puede ser la institución más adecuada para avanzar en esta integración como plataforma educadora para el DHS.
- Por otro lado, la búsqueda del eslabón perdido entre la Universidad y el DHS sobre la base de la creación de un continuo educativo que integre los diversos subsistemas de aprendizaje mejorando su calidad, equidad y pertenencia, puede ser un factor determinante para lograr un consenso social educativo, posiblemente más fácil de conseguir que en otros temas sociales o políticos. La transformación socioeconómica sobre la base de un contrato social-educativo podría ser un factor catalizador de la propia Universidad, de los sistemas educativos y, a la vez, permitiría vincular a los mismos con los actores sociales de las ONG, empresas, municipios, Iglesia, etc. El proceso de crear un consenso nacional educativo podrá facilitar también las relaciones con el gobierno y el presupuesto educativo.
- Por otra parte, el eslabonamiento de la educación con la cooperación internacional y con los actores sociales emergentes, puede ser un fac-

tor determinante para alcanzar mayores índices de DHS. Al mismo tiempo, esta integración puede facilitar la propia transformación de la Universidad y el carácter de la cooperación internacional, al plantearse tareas comunes para superar los déficit del desarrollo latinoamericano, entre los cuales uno de los más agudos es el educativo.

Esta convocatoria permite provocar una respuesta a este marco socioeconómico en medio de la búsqueda de la Universidad que necesitamos. Resumimos estas preocupaciones que nos ocupan en un conjunto de propuestas:

- Que la tarea estratégica sea la reforma-refundación de la Universidad, a fin de incrementar su pertinencia frente a la crisis del DHS.
- Promover la unidad de la comunidad universitaria en torno a este proyecto estratégico para la Universidad.
- Articular e integrar los subsistemas educativos con la Universidad como plataforma de servicios de investigación, formación y extensión social, con la finalidad de empoderar con el conocimiento a los actores emergentes.
- Concentrarse en un esfuerzo estratégico conjunto de las universidades para *reencantar a los docentes*, de modo que les permita recuperar el entusiasmo y recuperar su deteriorado estatus social mejorando sus capacidades académicas, incorporando nuevas tecnologías educativas y un mejoramiento sustantivo de sus recursos económicos acorde a los nuevos resultados y nuevas responsabilidades.
- Trabajar conjuntamente con los demás subsistemas educativos y el gobierno para integrar y aumentar los presupuestos educativos, negociando juntos el apoyo de las empresas y la cooperación internacional en torno de un proyecto nacional de educación.
- Vincular las experiencias exitosas realizadas en América Latina en estos temas para demostrar su viabilidad y potencialidad.
- Revitalizar una cultura de evaluación permanente con transparencia, y una rendición de cuentas a la sociedad que permita medir periódicamente los avances en la calidad, pertinencia y equidad según indicadores verificables.

Como algunos problemas comunes para resolver mencionamos:

- La endogamia universitaria y la lucha por la supervivencia económica, que ha aislado el *campus* académico del *campus* social, limitando su pertinencia y también la posibilidad de nuevos recursos económicos.
- El deterioro de la autonomía universitaria por la politización partidaria ha afectado la genuina capacidad política de la Universidad. La tarea políti-

ca profunda de la Universidad actualmente se logra con su aporte al empoderamiento cognoscitivo y actitudinal de los actores sociales, a la vez que como plataforma integradora de aprendizajes y como conciencia crítica propositiva de la sociedad misma.

- La desarticulación de la Universidad con los subsistemas educativos, lo que ha dificultado la incorporación a gran escala de las nuevas tecnologías informáticas, que permiten la articulación del continuo educativo a nivel nacional y regional.
- La falta de cooperación estructurada entre la investigación, la docencia y la extensión social universitaria, por una parte, y los actores sociales por la otra, sobre todo en los cinco ejes estratégicos (trabajo, medio ambiente, cultura, género y nueva generación).
- La separación creciente entre la Universidad pública y la privada, que ha creado antagonismos, superposiciones y competencia espúrea, sin lograr articular un proyecto de calidad, pertinencia y equidad, al servicio de un bien público común, sea éste gestionado de forma estatal o privada.

La agenda y los objetivos podrían enmarcarse entre algunas de estas tareas. La Universidad latinoamericana enfrenta estos desafíos —y también sus propias posibilidades— como el gran reto y dilema del siglo XXI. Me pregunto si estas cuestiones preocupan también a la Universidad norteamericana y europea. En este dilema del Desarrollo Humano Sostenible se juega la propia vigencia y la pertinencia de la Universidad para el siglo XXI.

Algunos pueden considerar utópicos estos planteamientos. Ciertamente lo son. Recordemos a Paulo Freire, la necesidad de la utopía y de la organización de la esperanza para tener capacidad propositiva y transformadora. Recordemos también al personaje del siglo, Albert Einstein: el principio de la locura es hacer lo que siempre hemos hecho y esperar resultados diferentes. Buscar la refundación de la Universidad pretende evitarlo.